



El Castillo de Arjonilla.

Arjonilla, villa de la provincia de Jaen, está situada en una llanura circuida de colinas á cinco leguas de la capital. Es poblacion cuyo origen se remonta al tiempo de la dominacion de los árabes, en el cual fué aldea de Arjona, de donde le vino el nombre. Despues de su conquista por el santo rey D. Fernando III quedó en el mismo término y sujeta á la jurisdiccion de Arjona. El rey don Sancho IV hizo donacion de esta aldea á D. Gonzalo Perez su capellan y secretario, y arcediano de Ubeda, el cual en 11 de mayo de la era 1531 (año de 1295) la vendió á la villa de Arjona en 8000 mrs. de la moneda de la gracia, y doscientos cahices de cal, «salvo ende, dice la escritura, el mio forno que yo y he, et habia y ante que me el rey nuestro señor diese á Arjonilla, et salvo el derecho de las tercias y del almojarifazgo que yo tengo y en tierra de nuestro señor el rey.» En virtud de esta venta volvió Arjonilla á ser aldea de Arjona, y lo fué hasta fines del siglo XVI en que la separó de ella dándola jurisdiccion propia el rey don Felipe II por cierta cantidad de maravedises, en cuyo tiempo habia llegado esta poblacion á mucho auge y sus vecinos se habian enriquecido mucho.

Tiene esta poblacion 494 casas, algunas arruinadas; iglesia parroquial de gusto gótico dedicada á la Asuncion de Nuestra Señora, varias ermitas y establecimientos públicos. Su término es fértil y está distribuido en tierra de sembrar, y plantios de olivar y viña.

Esta villa es célebre por la desgraciada muerte que sufrió en su castillo el trovador Macias, escudero del maestre de Calatrava don Enrique de Villena, cuya historia es bien conocida. Habiéndose prendado de una hermosa doncella que servia á este, logró verse correspondido con igual fineza, pero procuraron ocultar su amor con el mayor secreto. Hallándose ausente Macias é ignorando el maestre los amores de su escudero y doncella, casó á esta con un principal hidalgo de la villa de Porcuna. A pesar de esta desgracia, Macias no se olvidaba de su amante, y aun se comunicaba con ella. Como el marido vimiese á tener conocimiento de lo que pasaba, y no se atreviese á dar muerte á Macias por ser uno de los escuderos que mas estimaba el maestre, resolvió darle cuenta á este de la conducta de Macias. Llamóle el maestre, le reprendió grandemente y le mandó se dejase de

aquel devaneo; pero el Macias, á quien la contrariedad aumentaba la pasion, no desistió de servir á su señora, por lo que el maestre no hallando otro remedio, lo mandó llevar preso á la fortaleza de Arjonilla, lugar de la órden de Calatrava. Allí Macias componia versos para aliviar su suerte que enviaba á su señora, los cuales llegaron á manos del marido, y no pudiendo sufrir mas la amorosa porfia del apasionado escudero, resolvió acabar de una vez con la causa de su celosa inquietud, y subiendo en su caballo armado de lanza y adarga fué á Arjonilla, y llegando á la prision donde Macias estaba, vióle desde una ventana de ella, y arrojándole la lanza le atravesó de parte á parte, y escapó á ponerse en salvo al reino de Granada.

El cuerpo del desgraciado Macias fué sepultado en la iglesia de Santa Catalina, en el castillo, antigua parroquial de la poblacion donde fué llevado en hombros de los caballeros y escuderos mas conocidos de la comarca. Sobre la sepultura pusieron la sangrienta lanza, y quedó allí su lastimosa memoria en una letra que decia así:

Aquesta lanza sin falla

¡Ay coitado!

No me la dieron del muro,

Nin la prise yo en batalla;

¡Mal pecado!

Mas viniendo á ti seguro,

Amor falso y perjuro,

Me firió, é sin tardanza,

E fué tal la mi andanza

Sin ventura.

Esto escribe Gonzalo de Argote y de Molina; y Jimena en los anales de Jaen dice que en su sepultura se leia una letra que decia:

«Aquí yace Macias el enamorado.»

Lo que aun dura de la fortaleza está unido á una casa principal de la villa; pero se conserva la torre donde se sabe por tradicion estuvo preso Macias, y es la que representa el dibujo que va á la cabeza de este articulo.

L. M. R. C.

30 DE MARZO DE 1854.

CASTILLOS EN EL AIRE.

No sé si llora ó me ría: dice Marcela en la comedia de su nombre, al oír la doble andanada de lamentaciones y denuestos que la dirige El músico D. Amadeo, viendo desdeñado su amor: no sé si llora ó me ría, digo yo cuando reflexiono sobre el epigrafe de este artículo; y tan indeciso estoy á fé, que mientras mis labios se abren, para reír, mis ojos se cierran para llorar; y realizo la sentencia ó máxima de no sé qué sabio que dice: la risa y el llanto andan juntos. Entre esta risa y este llanto, como si dijéramos entre aguas, me pregunto mas de una vez: ¿es tan desgraciada la gran familia humana que, no encontrando en el reducido palenque de la realidad goces positivos capaces de hacerle llevadera la vida, tiene que remontar su vuelo á los espacios imaginarios y que pedir á la fantasía lo que la realidad le niega? O, por el contrario, ¿es tan feliz que no necesita sujetarse á la regularidad y estrechez de los goces reales, porque los encuentra mas grandes, instantáneos y seductores en la imaginación que crea, y en la voluntad que determina? La solución de este dilema pondría de manifiesto la suma de la felicidad humana; pero no intentaré resolverlo por temor de que me suceda con esta hermosa humanidad lo que sucedería á un cirujano que viera morir á una muger extraordinariamente bella, y, seducido por los encantos de una tez fresca y nacarada, quisiera encontrarlos mayores haciendo una autopsia detenida de la que acababa de morir. Figúrese el curioso lector lo que encontraría el cirujano, y comprenderá que yo hago bien en no aproximar mi escálapo á la señora humanidad. Conténtome, pues, con saber que forma castillos en el aire, y me preparo á recorrerlos con la intrepidez de un aeronauta.

Sé que existen muchos castillos; toda la humanidad los hace; pero me encuentro algo indeciso al querer emprender mi viaje, pues no se por donde empezar. Cualquiera mal intencionado ó burlon me dirá que comience por el principio; pero es el caso que no sé cual es el principio, y esta duda origina mi dificultad. ¿Es el principio el emperador ó el mendigo? ¿el mas encumbrado ó el mas abatido? ¿Se empieza á contar por abajo ó por arriba? Quién me responda á estas preguntas me sacará del atolladero. ¿Pero quién ha de responderme? Mi tintero y yo estamos solos, y mi pobre tintero no habla. Cuando nos ponemos á escribir, porque entre mi tintero y yo lo hacemos, él da la tinta y yo las ideas. Por fortuna su tinta es negra, mis ideas son negras también, y nos hallamos en perfecta conformidad. Si la tinta de mi tintero se tornara un día de color de rosa, permaneciendo negras mis ideas, ó mis ideas fueran verde esmeralda, quedando negra la tinta de mi pobre tintero, ¿qué desacordes marcharíamos y qué abigarrado saldría cuanto escribiéramos los dos! Pero nada de esto tiene que ver con el objeto de mi artículo; y, ya que no encuentro quien me responda, tomo un partido, decidiéndome por el mendigo, mas próximo á mí que al emperador; pues la pobreza y la poesía nacieron hermanas gemelas, y hermanas gemelas morirán, y se presentarán juntitas el día del juicio, y tendrán el mismo destino, yéndose á cantar á la gloria ó á chamuscarse á los infiernos, según hubieran merecido por sus buenas ó malas obras.

Decidido, pues, á empezar como se empiezan los caminos, por lo mas próximo, me dirijo á las verjas del jardín Botánico, y reclinado contra un árbol, porque temo sentarme á causa de unos vivientes pequeñitos que otros vivientes suelen dejar sobre los asientos de piedra, procuro leer el pensamiento de un hombre de sesenta años, cubierto de andrajos, de cenicienta barba, cenicientos cabellos, ojos hundidos, frente arrugada y cuerpo encorvado; este hombre es un miserable mendigo. Bajo su capa remendada pasan de una mano á otra las limosnas que ha recogido en todo el día, y mece, despues de haber coniado hasta el último ochavo, la cabeza con clara espresion de disgusto. Sin embargo, esta triste espresion va desapareciendo poco á poco, y se anima la fisonomía del mendigo con el fuego de la esperanza. «He recogido, murmura á media voz, porque el mendigo piensa hablando, seis cuartos de limosna, y con seis cuartos no tengo para nada. Si compro con ellos una libra de pan y una poca fruta ó un trago de vino ó aguardiente, tendré que dormir esta noche al raso, y las madrugadas de enero son tan frías que puedo helarme como un pájaro. ¡Tíisima suerte es la mía, ó no comer ó no dormir bajo techado. Pero todavía no es muy tarde, y bien puedo recoger cuatro cuartos para la cama, destinando los seis que poseo á mi comida. Mas con seis cuartos se come tan mal... no se come nada caliente. ¿Pero quién me ha dicho que no llegaré á reunir doce cuartos y medio; cuatro para la cama y ocho y medio para un puchero de a real? De seguro reúno los doce cuartos y medio; y con ellos comeré y dormiré como un príncipe. ¿Por qué no he de reunir diez y seis cuartos para destinar tres y medio á calentarme con un traguillo de aguardiente? Es claro que quedo reuniéndolos; y también puedo reunir diez y ocho y comprar

dos cuartos de tabaco; y también puede pasar un caballero de esos que dan media peseta, y entonces podré ahorrar cinco cuartos.» Aquí se detiene el mendigo, porque el bello ideal de un pordiosero consiste en cubrir las necesidades del día y ahorrar algo para el siguiente. Si el caballero generoso se presenta, ¿cena bien el mendigo y duerme á cubierto; si no recoge una limosna que los seis cuartos, cena mal y duerme al aire libre; pero si no se huela como el pájaro vuelve á imaginar al día siguiente que pasará la noche como un príncipe.

Vamos á pasar del castillo mas reducido al mas gigantesco; del hombre mas libre, el mendigo, al mas esclavo, el recluta. Sobre el cuello del pobre recluta pesan dos yugos que apenas podrían sostener los hombros de Atlante, el de la ordenanza y el de la ignorancia. Se vé sujeto de repente á una legislación severa que no comprende, y á unos ejercicios que tarda mucho en aprender; y sin embargo nadie forma una serie mas completa y larga de castillos. Vé el recluta al cabo que lo recibe en el depósito, y se enamora de sus galones de lana: el recluta no duda un momento que será cabo al día siguiente. Empieza á instruirse, y las ginetas del sargento instructor fijan sus miradas; el recluta cuenta con tener al mes dos ginetas sobre los hombros. La primera vez que se presenta al capitán de su compañía vé con asombro las dos brillantes charreteras; el recluta se promete para dentro de un año ser un apuesto capitán. Se acerca despues al comandante y al coronel; el recluta se ofrece á sí mismo estos empleos, haciéndolos cuestion de tiempo. El brigadier, el mariscal de campo, el teniente general y el capitán general de ejército se van presentando á los ojos del recluta sucesivamente; y aunque no ha sido cabo en un día, sargento en un mes, ni capitán en un año, se pone fajás y entorchados, el sombrero de pluma blanca y el baston de general en jefe. El recluta que así ha soñado muere ó recibe su licencia de soldado raso nada mas; pero si se engancha nuevamente, prosiga con los mismos sueños.

Hemos presentado dos tipos de la mitad fea del linaje humano; justo será dedicarse un poco á la hermosura. No vamos á buscarla por lo pronto entre el humo de pebeteros cincelados, sobre alfombras turcas, ni rodeada de espejos y cortinas de seda: la queramos ver entre el humo, también oloroso, de los asados y de los fritos; sobre una alfombra de plumas de pollos y perdices, y rodeada de raceros y pucheros. La escena es en una cocina: los personajes la cocinera y una doncella de labor.

Cocinera. — ¿Has peinado á la señorita?

Doncella. — Hace mas de una hora: y la he probado también el vestido que debe llevar el domingo al baile de la condesa de...

Cocinera. — ¿Y qué te parece? ¿es bonito?

Doncella. — Precioso.

Cocinera. — ¿Será tan bonito como el mío de percal celeste?

Doncella. — Ya lo creo.

Cocinera. — También pienso estrenarlo el domingo para ir al jardínillo.

Doncella. — ¿Pienzas ir al baile?

Cocinera. — Sin falta. ¿No reparaste el domingo pasado en aquel muchacho guapeton que me sacó á bailar tres veces?

Doncella. — ¿Aquel de la gorrilla azul y el pantalón verdoso?

Cocinera. — El mismo. Quedamos citados para el domingo próximo.

Doncella. — Lo mismo me sucedió á mí con aquel del gaban azul.

Cocinera. — Nos vamos á divertir muchísimo.

Doncella. — Y nos iremos muy temprano.

Cocinera. — A las tres en punto.

Llega el domingo, llueve y truena: la cocinera y la doncella no pueden ir al jardínillo; pero aplazan su diversion para ocho dias despues, sin acordarse de que llueve mucho los inviernos.

Y en tanto que la cocinera vizcaína y la doncella segeviiana dialogan, la delicada señorita á quien peina, viste y perfuma la doncella y la cocinera alimenta, reclinada negligentemente en un silloncito de tocador hiere con su pequeño pie una alfombra de Barcelona, y en un monólogo, que nunca baja desde el pensamiento á los labios, dice: Ayer tarde vi en la Castellana á la jóven duquesa de... siempre alegre, siempre elegante, siempre obsequiada. Era su tren de los mejores del paseo, y al verla recordé que su vida era una fuente deslizando sobre césped y gayas flores. Palco en los mejores coliseos, amigos á comer, sacros... Era bastante rica, y luego casó con el duque... Yo no soy tan rica como ella; pero soy mucho mas hermosa. El duque de... me lo repitió muchas veces en el último baile del marqués de... y el duque de... es sumamente rico. Estuvo tan fino, tan amable; pasó á mi lado la mayor parte de la noche, y no puso muy buena cara cuando me sacó á bailar el conde de... Si yo fuese duquesa de... viviría su palacio, que es magnífico; amueblaría mis habitaciones á lo Adriana de Cardoville; tendría seis doncellas, muchos lacayos, un palco en cada coliseo, una berlina, una carretela y un landó... una americana también, para mi uso particular: ocho caballos de tiro magníficos, dos de silla... Tendría gentes á comer todos los dias,

daria bailes y algunos conciertos... En una palabra, superaría en todo á la duquesa de... porque sería mas rica, y como indudablemente soy mas hermosa, tendría muchos mas admiradores. Y, bien mirado, está en mi mano el realizar tan hermosos sueños; mañana noche veré al duque en casa de la condesa de... me hará la corte, como de costumbre: á poco que yo le estímulé, me declarará francamente su amor; pedirá mi mano, se la concederán al momento, nos casaremos, y quizás antes de dos meses daré magníficos saraos. Y aunque el duque pasó toda la noche al lado de la condesita de... la linda jóven renovó su castillo, preparándose para otro baile.

El codo sobre su bufete, la frente sobre la mano izquierda, en la derecha una pluma de ave recién coriada, y una cuartilla de papel sobre una cartera de periódicos, está un hombre jóven, que quiere escribir y no escribe, que no quiere soñar y sueña. Este hombre es un obrero del pensamiento, como se han apodado algunos escritores franceses, queriendo adular al socialismo para entronizar la monarquía. «Siglo á un tiempo de oro y de escoria es el en que vivimos, dice, tirando líneas con la pluma sobre su cartera de papel: siglo de oro, porque la riqueza es el ídolo de una sociedad sin fé ni esperanza; siglo de escoria, porque la virtud y el honor son dos mitos, que nuestra generación coloca en el número de las fábulas. En un siglo de adelantos materiales, los goces se han materializado tambien; y como la materia se compra, para gozar es necesario tener una parte del ídolo. Soy hombre de letras: las letras suelen dar mas gloria que oro; pero la gloria puede contarse como una de tantas mercancías y puede reducirse á oro. El mundo confiesa que poseo una de las grandes palancas capaces de conmover en sus cimientos las sociedades; esta palanca es el talento. Busque el punto de apoyo que pedia Arquimedes, y haré rodar el mundo á mi antojo. Un filósofo ha dicho que llegará el tiempo en que una idea haga retroceder á una bala de cañon: quizá yo tengo en mi cerebro esta idea. Mirabeau era indudablemente un gran poeta, y dió impulso á una revolución político-social, que ya avanza y ya retrocede, pero que no se para nunca. Napoleon era otro gran poeta, y oponiendo las ideas á las balas y las balas á las ideas, calculó matemáticamente el adelanto y el retroceso y estableció un equilibrio á su manera; manejando con la mano derecha la espada de César y Alejandro, y con la izquierda la pluma de Solon y Licurgo. Yo tengo la cabeza ardiente y el corazon frio de Mirabeau: yo tengo la cabeza fria y el corazon ardiente de Napoleon Bonaparte. Yo puedo ser el récio ariete que destruya y la piedra angular que sirva de clave al edificio. Puedo ser Mirabeau y Bonaparte: todo lo grande y lo mediano que cabe entre estos dos hombres. Yo quiero ser todo lo que puedo; luego debo ser lo que quiero.» Y el pobre poeta deja de hacer rayas sobre su cartera, para pintar letras sobre la cuartilla de papel que tiene delante; porque la esperan los cajistas, y él espera el escaso premio que conceden á su trabajo. Y como el premio es muy escaso, no posee nunca una parte del ídolo llamado riqueza: y como no dispone del ídolo no puede pagar los goces materiales: y como el siglo solo tiene goces materiales, no goza, pero continua siendo poeta, y entre cuartilla y cuartilla de original tira líneas sobre su cartera y hace CASTILLOS EN EL AIRE.

Desde el modesto gabinete del obrero del pensamiento podemos trasladarnos al sibarítico tocador de una aristócrata opulenta. No es necesario que aduirmos sus tapices, cuadros, alfombras, divanes, espejos, porcelanas: solo debe llamar nuestra atencion una muger de treinta y cinco años, que emplea en su tocador las mas delicadas esencias y las pomadas mas suaves. Cubierta de tales afeites representa diez años menos; y cree, sin átomo de duda, que no ha de menguar un solo punto su juventud y su belleza. Y aunque pasan dias, y cada dia añade un cabello blanco á sus trenzas; aunque pasan años, y cada año forma un plieguecito en su faz; aunque pasan lustros y vé que la abandonan sus amantes, sin que se presenten otros nuevos, cada dia que se vé cubierta de sus aromáticas pomadas, se cree mas jóven y mas bella, con una hermosura creciente, con una eterna juventud.

Está el banquero en su despacho, el ministro de hacienda en el suyo; ambos á dos hombres de números, dedicados á las ciencias exactas, y por lo tanto parecia justo que los dos formaran sus cálculos con la mayor exactitud. Trata el banquero de aumentar sus particulares intereses, ó lo que es lo mismo, de arrancar un pedazo de piel al ídolo: trata el ministro de defender los intereses del estado. Los dos han pasado tres horas haciendo números y cifras: los dos tiran la pluma al mismo tiempo: los dos esclaman con el mismo júbilo: «El negocio da tres millones de ventaja.» El banquero se viste apresuradamente, y media hora despues se presenta en el despacho del ministro. Reunidos los dos aritméticos, discuten hora y media las condiciones del contrato, y por una rara coincidencia, despues de mucho discutir convienen en las mismas bases que habían fijado cada uno en sus respectivos despachos. El señor ministro y el señor banquero se separan muy satisfechos, dirigiéndose mutuamente una sonrisita que

quiere decir. «Te has equivocado.» ¿Cuál de los dos habrá edificado su CASTILLO EN EL AIRE?

Sería demasiado exigir al candidato para diputado que no duplicara sus votos y redujera á la mitad de su temible antagonista. Pensaría en lo escusado quien pidiera á una actriz que no pensara en causar entusiasmo con una obra, y que si el público no aplaudiera dejara de echar toda la culpa al pobre autor. ¿Qué diplomático no se cree un millon de veces mas sutil que aquellos con quienes discute, aunque lo hayan engañado un millon de veces? ¿Qué hombre de mérito dudoso no se forja un enemigo oculto, á quien se propone vencer para remontarse hasta las nubes? ¿Qué bailarina no está segura de poner su triunfante pie sobre el cuello de su rival? ¿Qué fea no espera mejorar su rostro engordando ó enflaqueciendo? ¿Qué solterona no ve un amante en cada hombre que la mira? ¿Qué general no da por ganada la batalla que piensa mandar al dia siguiente? ¿Qué tonto no hace el doble castillo de conceder talento y de quitárselo á los que realmente lo tienen? ¿Qué amante no cree engañar á su amada y vice-versa? En una palabra, ¿qué hombre ó muger no forma CASTILLOS EN EL AIRE desde el emperador al mendigo?

Hemos hablado largamente del mendigo y de otros mucho mas altos en la estensa escala social; para terminar nuestro proyecto deberíamos ocuparnos ahora del emperador ó emperatriz; pero casi nos detenemos, porque á esta suprema gerarquía apenas osan remontarse los castillos de todos los demas humanos. Y, sin embargo, quizás nadie está mas dispuesto á formar castillos en el aire que esta eminencia de las sociedades humanas á quien llamamos emperador. Casi podría apostarse mil contra uno que Carlos V, de gloriosa memoria, edificó mas de una vez junto al inmenso alcázar de la monarquía universal el castillo del caballero andante, como Roldán, Amadís ó Bayardo, ó el del trovador como Ausias Mas ó el tierno Macías. En las máscaras, ancho palenque abierto á las mas bizarras fantasías, se habrá creído mas de una reina, simple aldeana de la Escocia, la Calabria ó el Tírol, y quizás hubiera dado entonces mas de la mitad de su corona por ver realizada su quimera.

Mientras en el alma del hombre nazcan, crezcan y se desarrollen los deseos, punzante aguijón de la esperanza, y la esperanza, poderoso estímulo de los deseos, no dejará de edificar hermosos CASTILLOS EN EL AIRE: porque los castillos en el aire son los mónstruos de las realidades históricas, si se nos permite esta manera de espresar nuestro pensamiento; como las sirenas son los mónstruos de los animales marinos, y el Pegaso el de los caballos.

¡Animo, humanidad! para edificar un palacio de ladrillo y piedra como el de la plaza de Oriente se necesitan muchos años y algunos millones de duros; para edificar un palacio en el aire tan bello como el de las hadas bastan diez minutos y una buena imaginación. Sueñen las mugeres con el amor; los poetas con amor y gloria; los políticos con la ambición, y los avaros con el oro; que de oro, ambición, amor y gloria, edificará un soberbio castillo en el aire

JUAN DE ARIZA.

DON ALONSO III DE FONSECA.

El siglo XVI fué para España la época de los sábios y de los héroes. La península era la monarquía de ambos mundos. Las conquistas extendían la civilización española, y el magisterio de las aulas robustecía la unidad del Estado y de la Iglesia. En esta época, una ciudad del interior dió á la nación una de esas inteligencias privilegiadas que comprenden el espíritu de su siglo y dirigen sus esfuerzos á realizar una transición política ó religiosa.

En 1474 nació en Santiago (Galicia), patria del jurisconsulto Bernardo y del arzobispo Gelmirez, D. Alonso III de Fonseca, hijo de doña María de Ulloa, señora ilustre, que pertenecía á la distinguida casa de los condes de Monterey. La historia apenas hizo mencion de este prelado respetable: empero la enseñanza pública le debe inmensos beneficios. Hasta mediados del siglo actual se ha recordado su memoria como el espediente de competencia entre la Universidad y el Colegio ma-

yor de Santiago: en la actualidad la exacta apreciación de los hechos y el examen elevado de sus fundaciones reclaman para D. Alonso III de Fonseca un lugar privilegiado entre los españoles célebres del siglo XVI.

Su primera biografía fué publicada en nuestros días (4); mas que una biografía, es una reseña necrológica escrita con laboriosidad erudita. Tiene sin embargo el mérito de la novedad y el interés de una excitación á los hombres de letras. Nosotros hemos llevado á cabo el examen científico y literario de este ilustre sacerdote (2), y al recibir el pláceme de las personas inteligentes, reconocemos que ya era popular entre los eruditos de España el nombre de D. Alonso III de Fonseca. Empero hemos apreciado únicamente las dotes científicas y literarias del arzobispo de Santiago y Toledo, y debemos completar su biografía en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO.

Antes de la enumeración, hasta ahora inédita, de las fundaciones y obras pías de Fonseca, copiaremos á continuación algunos párrafos del mencionado examen que abrazan los períodos mas importantes de su vida pública.—«D. Alonso III de Fonseca, no solo es el padre de los pobres—hemos escrito en las MONOGRAFÍAS DE SANTIAGO (5)—según la ingenua confesión de sus contemporáneos, sino tambien el padre de los estudiosos, el padre de los sábios. Como personaje político, hace valer en las Cortes habidas en el convento de San Francisco de Santia-



(El cura de Fruime.) (4)

go en 1520 la significación política de su patria, y como antiguo discípulo de la escuela de Salamanca, como distinguido humanista,—lo cual equivalía á ser en el siglo XVI hábil teólogo y eminente sacerdote—combate desde la retirada cámara del palacio arzobispal de Toledo al acólito de la catedral de Rotterdam, al precursor de Martin Lutero, á Desiderio Erasmo. D. Alonso III de Fonseca se familiariza con los eruditos, escribe en latín, felicita en romance, se relaciona con los literatos, socorre las públicas necesidades, sostiene controversias canónicas con el primado de Toledo desde su silla metropolitana de Compostela, lleva la instrucción pública hasta los confines de Galicia, á la villa de Monterey, señorío de sus elevados progenitores, y elige por secretario suyo á un discípulo sobresaliente de Luis Vives (3): es á la vez el hombre del Estado y de la Iglesia, el sacerdote ejemplar y el personero del pueblo, el hablante correcto y el orador profundo. Santifica en Sevilla la unión matrimonial entre los augustos representantes de España y Portugal, y bautiza á Felipe II en Valladolid.

D. Alonso III de Fonseca se matricula en la universidad de Salamanca, centro intelectual de la juventud española. En 1489 acepta el

título de colación de la cuarta parte de la sincura de San Jorge de la Coruña, y es nombrado después arcediano de Cornado por el cabildo de Santiago. En 1506 ocupa la silla metropolitana de su patria. Desde esta época el hombre político y el hombre científico se reasumen en el hombre de la Iglesia. Recuerda á Jimenez de Cisneros, y la memoria del cardenal-regente será siempre una alta lección para los hombres de esclarecido talento. En 1520 y 1521, como primer consejero de Estado nombrado por el emperador Carlos V, recorre algunas provincias de España para aplacar la rebelión nacional invocada en Castilla por las Comunidades, y en Valencia por la Germania. En 1521 funda el colegio de Santiago en Salamanca: en 1521 funda el colegio de Santiago Alfeo en su patria. Desde entonces se enseñan las facultades mayores en la antigua Compostela. La universidad de Santiago es el estudio general de Galicia. En 1524 ya había sido elevado á la primera dignidad de la Iglesia española, ocupando la silla primada de Toledo. A los cincuenta años había completado su honrosa carrera de humanista, político y sacerdote. A esta edad las vulgaridades apenas llegan á la primera gerarquía.

A pesar de las graves atenciones de la vida política y eclesiástica de Fonseca, no se aleja del ameno y delicado trato de las bellas letras. Los estudios filosóficos y literarios embelesan sus horas de reposo; ya escribe cartas familiares en romance como la dirigida desde Salamanca al doctor Villalobos, ya escribe epístolas en latín ciceroniano como las enviadas desde Madrid al célebre Desiderio Erasmo.

Con la sustitución de los colegios de Santiago Alfeo y San Gerónimo, generaliza los estudios en Galicia, proporcionando á la juventud ilustrada y menesterosa franca entrada para las dignidades de la Iglesia y del Estado. El distinguido catálogo de los hijos célebres del colegio mayor llamado vulgarmente de Fonseca, empieza en los albaceas del arzobispo de Santiago y Toledo. A la par de los colegios, alcanza privilegios é inmunidades para su patria: despues de la vida intelectual cuida de la vida política de Santiago. No emplea sus tesoros en la magnificencia fastuosa que servía entonces de brocado para el atabud. Los menesterosos reciben de su mano con frecuencia la dádiva evangélica. No malgasta su significación política en las complicaciones palaciegas que acercaban los altos dignatarios al solio ó al destierro.—Las ciudades de Santiago y Salamanca se libran de los tributos impuestos por el rey, adquiriendo Fonseca las rentas suficientes para su indemnización. Los naturales de su patria están tambien exentos de cualquiera pena ignominiosa.

En la iglesia de la Guardia (Galicia), costea el retablo donde se representaba la vida del santo inocente que había dado nombre á la población; en la de Toledo consigna cuatrocientos mil maravedises de renta para las dotes de doncellas huérfanas; en la capilla de la Descension de Nuestra Señora de la misma iglesia funda una capellanía con misa diaria servida por dos capellanas; en la construcción de la torre y mejoramiento de la fortaleza de San Torcaz gasta cuarenta mil ducados, y en Santiago renueva el claustro de su catedral, como lo atestiguan los escudos de sus armas que se reconocen en uno de sus lienzos (1). En la fábrica de los colegios de Salamanca y Santiago emplea la suma considerable de doscientos mil ducados.

Don Alonso III de Fonseca falleció en Alcalá de Henares el miércoles 4 de febrero de 1534. Su testamento fué otorgado en 1531, y su codicilo en 1534, á los sesenta años de edad. Sus cenizas se depositaron en la capilla mayor del colegio de Salamanca.

Diez años despues de su muerte se concluyó la fábrica del colegio mayor de Santiago, bajo el cuidado y diligencia de los testamentarios de Fonseca.

Las ciudades de Salamanca y Santiago solemnizaban su memoria con un aniversario, al cual asistía el cabildo, la municipalidad, los gremios y la clerecía, celebrado en cada una de las capillas pertenecientes á los colegios mayores que llevaban su nombre. En nuestros días desapareció este respetuoso homenaje de la posteridad. Se han suprimido los colegios, cayeron en desuso los aniversarios.

Ahora se encargará la historia de justificar el merecido renombre de Fonseca.

En la cronología de los españoles célebres del siglo XVI se debe colocar el nombre de D. Alonso III de Fonseca despues del cardenal Jimenez de Cisneros.

Nosotros hemos procurado rehabilitar su memoria por medio de una apreciación imparcial de la influencia que ha ejercido en la civilización española.

A falta de una estatua, de una lápida, del nombre de una calle que duraría algunos siglos, el escritor ha publicado un libro, un capítulo, una monografía que durará algunos años.

Santiago 8 de marzo 1831.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

(1) Estos datos constan en la historia cronológica de los colegiales de Fonseca cuyo manuscrito existe en poder del autor de estas líneas.

(4) El Sr. Neira y Ribera, padre del autor de este artículo, ha publicado en el suplemento del Diccionario histórico (Barcelona 1830) entre otras biografías de hombres célebres, la del Sr. Fonseca, escrita con el buen gusto y sana crítica de un hábil hombre de letras.

(2) Véase el artículo 4.º de las MONOGRAFÍAS DE SANTIAGO que continuamos publicando en esta ciudad.

(3) Pág. 13 y sig.

(4) En el núm. 8 de este año hemos dado el retrato de Don Alonso de Fonseca; en esta página presentamos al del cura de Fruime, cuyo dibujo no llegó oportunamente á nuestras manos.

(5) El célebre humanista Juan de Vergara.

RELACION

entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega.

«Con dos flores de un jardín, seis cuadros de pintura y algunos libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza, vencedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusión, alegre en la necesidad, y si bien incierto del fin, no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por donde mas me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de la calumnia y las trampas de la envidia.»

Así describía su carácter el ingenioso poeta español Lope de Vega en la dedicatoria que hizo de su comedia *El Alcalde Mayor* á cierto amigo, residente en la ciudad de Méjico. Con tales costumbres y con tal manera de pensar es claro que sus versos nacieron en la sencillez y tranquilidad de ánimo, en la práctica de las virtudes, en el desprecio de las riquezas, y en la admiración de la hermosura.

Lope de Vega manifestaba sinceramente sus sentimientos. Por eso, mientras mas bellos son los objetos que describe, los pinta con mayores encantos y atractivos. La inocencia de las aves, los afectos de un amor puro, la belleza de una doncella, las galas de las flores, hijas del mayo, y las mansas corrientes de los rios y de los arroyos, se hallan retratados en sus escritos con la sencillez de la verdad, con fluidos y suavisimos versos, y con palabras y frases mas suaves todavía.

En el vario discurso de su larga vida, así seglar como sacerdote, Lope de Vega se dejó regir constantemente por el amor con que acaataba la justicia, la razón, la virtud y la hermosura. Ni la ira podía cegarle el entendimiento hasta el punto de vengar por medio de las armas las pretensas injurias, ni la codicia desviarle de la honestidad de sus costumbres.

Salustio se quejaba de la corrupcion de Roma, y de la venalidad y ambición de los que desempeñaban cargos en la república; pero tuvo que salir del senado por sus vicios y por su insaciable sed del oro, por bajos medios solicitado y adquirido. Lope de Vega celebraba la escelencia de las virtudes y los encantos de un espíritu tranquilo en el reposo y en la contemplación de la naturaleza, y ejercitaba en su vivir lo mismo que tan deliciosamente describía en sus obras poéticas.

El Salustio, senador romano, era muy distinto del autor de las admirables historias de la *Conjuración de Catilina* y de la *Guerra de Yugurta*. El Lope de Vega, sacerdote español, no se diferenciaba del poeta que tan bien solía encomendar en sus escritos la sencillez de vida y el ejercicio de las virtudes.

Cuando seglar, compuso una comedia intitulada *El asalto de Maestricht* para celebrar la victoria que recientemente habían adquirido las armas españolas en los Países-Bajos, donde corrían entonces tantos arroyos de sangre, y donde tanta gente de nuestra nación iba á perecer en defensa de las ambiciones de la casa de Austria.

Acertó, ó mas bien tuvo el poco acierto de poner Lope de Vega entre las personas que representaban en su comedia un alférez de los que mas se habían distinguido en la presa (como en aquel tiempo se decía sin incurrir en galicismos) de la plaza de Maestricht. El actor encargado de recitar el papel era de ruin persona. Terminada la representación de la comedia con feliz suceso, cierto hidalgo muy descolorido y enojado llamó aparte al bueno de Lope, y le dijo que *había sido muy mal término dar el papel del alférez* (que era hermano suyo) á un comediante tan villano de tallo y de tanta cobardía en las maneras, cuando su pariente tenía buena presencia y gentil espíritu, segun lo mostraban sus proezas. Lope al oír querella tan estraña, se escusó lo mejor que pudo en tan inesperado trance. Pero el hidalgo no se satisfizo con sus excusas; y así le previno que si no entregaba el papel á otro representante, desde luego se diese por desafiado. Lope, hombre pacífico é inofensivo, al escuchar tales bravezas, ofreció cumplir lo que el hermano del alférez tan vivamente solicitaba. Dió el papel á otro actor de buen rostro y mejor tallo, y le encargó que hiciese muchos ademanes de valiente, con lo cual se serenó el hidalgo, y en vez de acuchillar al poeta, le envió unos regalos (1).

Esta suavidad del carácter de Lope de Vega, en la edad viril y en un tiempo en que la educación y las costumbres exaltaban los brios, permaneció igual aun en los dias de la vejez, cuando los achaques, los desengaños de las vanidades del mundo y de la constancia de los amigos, y la gran fama, pudieran haber agriado su condicion y encendido su orgullo.

«Un hombre iracundo y mal advertido desafió á Lope, hallándole en estado que ya los hábitos eclesiásticos le escusaban la respuesta. «¿Lustó el que desafiaba, y empuñando la espada, enojado mas con su

«silencio, le dijo: *En, salgamos fuera.*—*Vamos* (dijo Lope, poniéndose con mucho espacio el manto), *vamos, yo al altar á decir misa y nueva merced á ayudarme á ella.*»

Esto refiere Fr. Francisco de Peralta en un sermón, predicado en las exequias de Lope (Madrid 1653), obra bastante rara.

Lope de Vega era ademas un hombre modelo de modestia. Ni los aplausos lo engrían, ni la estimación universal lo cegaba. Para él fueron tormentos irresistibles las honras merecidas que le tributaban por su ingenio los reyes y los grandes.

Su íntimo amigo y compañero inseparable el Dr. Francisco de Quintana, autor de varias novelas y poesías, celebradas en aquel siglo, predicó tambien en otras exequias de Lope. En su sermón, impreso igualmente en Madrid el año de 1653, hay curiosísimas noticias acerca del carácter y costumbres de Lope de Vega. Ninguna de ellas ha sido conocida por los biógrafos de este esclarecido ingenio, porque el original del elogio fúnebre de Quintana es de una rareza singular.

Vase cómo describe un constante amigo de Lope su modestia. «Los principes, así eclesiásticos como seglares, le veneraron y aun le deseaban, quejándose de que no los visitase; pero él se portaba tan templadamente en estas honras, que á la queja de un principe grande eclesiástico, de que no le veía, respondió: *Yo veía mas veces á vuestra Ilustrísima, si me hiciera menos honores cuando le veo.*» «Secretario fué en su juventud de dos principes grandes, y cuando estimaban mas su persona, los dejó por huir de las lisonjas y estimaciones de sus familias; y estaba tan desengañado de este género de favores, que solía decir: *Aun á las figuras de los tapices de palacio tuviera lástima si tuvieran sentimiento.* Tan templado fué en esta parte, que siendo así que murió en el servicio de un generoso principe... y estando en estado que pudiera como amigo gozar de sus favores, no quiso pasar por ello, sin estar primero escrito en los libros de los criados de su casa. Cuando salía de la suya, llegaban mil diferentes personas á verle, conocerle, y decirle varios encarecimientos de sus escritos, y con tanto aliento repelia estas estimaciones, que despues de habersa cubierto su anciano rostro de vergüenza, introducía diferentes razones en orden á que cesasen sus alabanzas; y si, no obstante esta diligencia, proseguían, dejaba la conversacion teniendo por mejor parecer descortés que dejar de ser en tantos honores magnánimo.»

Este desprecio de la próspera fortuna y de las pompas mundanas, este ánimo igual, esta confianza en su grandeza, y esta modestia, hija de la sabiduría, descubren en Lope de Vega al poeta eminente, cantor de las bellezas del mundo.

Lope al propio tiempo cumplía constantemente con las obligaciones que se había impuesto, sin que nada hubiese de bastante poderío para desviarle del desempeño de sus palabras. Pertenecía á una congregación, destinada á socorrer á los sacerdotes pobres, á negociar su libertad cuando gemían por los rigores de la contraria fortuna en tierras de infieles, y á sepultar de limosna á los que fallecían sin haberes, y la cual en ninguna manera permitía que manos de seglares tocasen á los difuntos eclesiásticos. «Ofrecióse enterrar (dice el citado amigo de Lope) en el hospital general á un sacerdote pobre, y vimos que Lope de Vega se quitó el manto, y aunque se lo quisieron estorbar algunos por escusar este trabajo á sus años, entró en la sepultura, recibió piadosamente el cadáver, salióse fuera, y comenzó á cubrirle de tierra con el instrumento allí diputado para este ejercicio.»

Dé este modo el gran Lope de Vega daba el admirable espectáculo de un hombre, lisongead por los aplausos universales, desprecia no de orgullo y siendo vencedor de sí mismo, sin que la mucha edad, ni las atenciones y cuidados de sus amigos pudiesen separarlo del camino de los que él consideraba como deberes de su conciencia.

Lope, ademas, fué notable por su caridad verdaderamente evangélica. En su casa siempre tenía puesta cantidad de dinero sobre la mesa para que el criado no tuviese necesidad de pedirlo, ni tuviese mas que hacer que darla en llegando el pobre á la puerta. Tal decía de la caridad de Lope el citado Quintana.

Otra de las acciones notables de Lope en este punto está referida tambien por su íntimo amigo en las palabras siguientes: «Llegó una vez un sacerdote pobre.... Llamó á la puerta, no había en casa quien respondiese, salió él mismo y vió que el que llamaba (sobre pobre sacerdote y ciego) llevaba la indecencia de un asqueroso sombrero. Miró si tenía que darle; no se halló con cosa considerable, y llevado de su piedad, quitóse el sombrero que tenía en la cabeza y púsosele al pobre. Supose necesariamente este suceso, porque no pudo salir de casa con los amigos que le asistían (testigos fieles de esta verdad), hasta que uno de ellos hizo diligencia para que le llevasen otro.»

Con esta condición tan afable, tan caritativa, tan generosa, pronta á ejercitar el bien, sensible ante la desdicha lo mismo que ante la hermosura, acostumbrada á la sencillez de las costumbres, llena de de-

(1) Lope refiere este suceso en una de sus novelas.

ficados afectos, no mancillada con los crímenes; Lope de Vega había de escribir necesariamente versos de una suavidad extraordinaria, y ser uno de los pintores que han sabido mejor retratar los encantos de la naturaleza.

En la rarísima comedia *Más vale salto de mata que ruego de buenos*, Lope describe de esta suerte los tiernísimos afectos amorosos de un ganadero:

Por verte á tí, señora,
saldré cuando le corra las cortinas
al rubio sol la aurora,
siguiendo sus pisadas peregrinas;
y en viendo las estrellas
solo las miraré por verte en ellas.
Traeréte muchas veces
el conejuelo tímido y medroso;
y viendo que me ofreces
gracias debidas á mi amor forzoso,
con pecho mas sencillo
te traeré el amoroso cabritillo.
La tórtola en el nido
y el escamoso pez en el anzuelo,
el madroño teñido
con la escarcha qua arroja el duro suelo;
que cosas semejantes
son en amor zafiros y diamantes.

Daré un golpe á tu puerta,
y tú, que velarás por aguardarme,
con una fé despierta
llegarás muchas veces á abrazarme,
y dirás como amas:
No des tan recio, que en el alma llamas.

El espíritu de Lope de Vega, acostumbrado á ejercitar la virtud y á hallar en todo bellezas, no se contentaba solo con encontrarlas en los campos, en los jardines y en las selvas, ya en las delicadas flores, ya en el cantar de las sencillas aves, ya en las mansas corrientes de los arroyuelos, ya en las sombras y frescuras de las silenciosas florestas. Lope se traslada con el pensamiento á la rústica casa de un labrador, y describe admirablemente y con un entusiasmo singular la riqueza de los frutos naturales, depositados en aquel albergue. Véase la descripción que se lee en su comedia intitulada *El vaquero de Moraña*:

Algun año sea tan bueno
en tierras propias y extrañas
que seguemos con guadañas
como en los prados el heno:
vistase el prado libre
con la yerba cada hora;
vierta aquí su copia Flora
y su abundancia Amalteas;
rompa del aire los filos
las cañas de los barbechos,
y toque el trigo los techos
en las trojes y en los silos.

No solo en siega, en vendimia
os dé el cielo tal tesoro,
que hagais los vasos de oro
que agora teneis de alquimia.

Ya que el agosto repose
pisen para vuestras rubas
vuestras gentes tantas uvas
que todo el mosto rebese.

Y de manera se huelguen
con las uvas vuestras casas,
que aunque muchas hagais pasas
muchas por los techos cuelguen.

Por los pezones y cabos
cubran con color pajizos
los melones invernales
de vuestra casa los clavos.

Sirvan colmos á montones
de membrillos ó granadas
en vuestros techos colgadas
de dorados artesones.

Sin rectitud y gobierno
de reales pesadumbres
vuestras ahumadas techumbres

cojan de fruta de invierno.

Sirvan á vuestras familias
costales de verdes nueces
para acabar tras las pecas
los viernes y las vigalias.

Higos tambien os reserve
esta campaña vecina,
que afeitados con harina
enjugue el pecho y conserve.

Mítice estas huertas luego
la berengena morada;
la verde col arrugada
como pergamino al fuego.

Echad por mayor deleite
en la postrer vez alguna
en adobo la aceituna
y los quesos en aceite:

Que yo, siguiéndolos á vos,
daré en mi rústico modo
gracias al dueño de todo;
que dueño de todo es Dios.

Sin embargo, Lope de Vega, á pesar de la pureza de su alma, no manchada con los vicios que afeaban las costumbres de sus contemporáneos, como buen autor dramático supo retratarlas admirablemente, incluyendo á todos, desde Felipe II, castigador de su hijo D. Carlos, y de Juan de Escovedo hasta las busconas y rufianes que vivían de la estufa y en los mayores crímenes.

Para describir la muerte de Juan de Escovedo, secretario de don Juan de Austria, dada por Antonio Perez de orden de Felipe II, y para afeitar la persecución que hizo este soberano á su privado por haber ejecutado sus disposiciones, compuso Lope de Vega su tragedia intitulada *La Estrella de Sevilla*. Tal se cree por algunos críticos en vista de la semejanza de los sucesos en ella referidos con los que admiró el mundo durante el reinado de Felipe, y considerando que la acción de esa tragedia se finge en el reinado de D. Sancho el Bravo, tiempo del cual no se conserva noticia alguna igual tocante á Sancho Ortiz ni á la familia antigua sevillana de los Jaberas.

Tambien Lope en el reinado de Felipe III compuso otra tragedia con el título de *El castigo sin venganza*, donde un duque ideal de Ferrara manda matar á su hijo por tener amores con su madrastra: acción en que la corte de Madrid vió retratado al príncipe D. Carlos, á Isabel de Valois y á Felipe II, según las voces que corrían entonces acerca de este suceso fuera de España. La tragedia al siguiente día de su representación fué prohibida.

Lope de Vega, para pintar la sociedad española de su tiempo, recorrió todos los estados, y al fin desde los palacios descendió á las vidas de las busconas en su comedia *El Anzuelo de Fenisa*, y á la de los bribones en *El Rufán Castrucho*.

Pero aunque Lope de Vega se dejase arrastrar de su deseo de describir las costumbres de su siglo, y las describiese con negros colores, nunca fueron tales que igualasen al horror de ellas. Por eso en todas las comedias de Lope, sean cuales fueren sus asuntos, siempre se vé al alma pura de su autor en las bellas pinturas de la naturaleza, y en la delicada espresion de dulcísimos afectos.

En nada se puede contemplar mejor el candoroso espíritu de Lope de Vega, que en el carácter de las mujeres de sus comedias. Así como Calderón pinta las suyas, infelices é impecables, pero altivas, Tirso de Molina bellacas cuanto da de sí la malicia, y Montalvan mas vehementes de lo que permite la modestia, Lope las retrata apasionadas y afectuosas con una ternura llena de encantos y atractivos.

Lope de Vega en sus escritos revela, pues, las bondades de su alma y la sencillez de sus costumbres.

ADOLFO DE CASTRO.



FERNAN CABALLERO.

Hombre por la sublimidad de vuestros conceptos; mujer por vuestra ternura y sensibilidad en espresarlos; quien quiera que seas, hombre ó mujer, escusad mi libertad, y permitid que un desconocido se atreva á poner bajo la protección de vuestro nombre supuesto, según dicen, las agonías y la miseria de una madre injustamente perseguida por la suerte, aunque resignada humildemente á las sentencias de la providencia divina. Vuestros cuentos y novelas os han dado un

merecido aprecio entre las personas de buen gusto y conocida inteligencia, y muy pronto, no hay que dudarlo, harán vuestro renombre tan popular y conocido, que á no poner bajo vuestro amparo las agencias de mis heroínas, temiera con fundamento que ni hubiera sido leída su relacion ni compadecida su desgracia.

Créolas salvadas con este medio tan solo: vos que con tan fácil pluma zaherís los vicios que sabe inocularnos suavemente la incredulidad, y exaltar la virtud, ¿rehusaríais, acaso, una lágrima de compasion por mi doña Sinforosa, un acento de desprecio por el ex-pape enriquecido, y una espresion de simpatía por la bella Lucia?

No lo creo así, á juzgar por vuestros interesantes escritos, ni mucho menos que vuestra fama de escritor justamente adquirida deseché la modesta produccion de una pluma mal cortada, de un autor novel.

Reiterando mis excusas, me ofrezco siempre, señor Fernán Caballero, como vuestro mas atento admirador y S. S. Q. V. P. ó M. B.,

Luis MIGUEL y ROCA.

MISERIA Y VIRTUD

Lo que voy á publicar no es un ensueño, ni una fábula, ni un cuento: es la relacion de uno de esos dramas, desgraciadamente tan comunes en el mundo, que pasan en medio de los festines y saraos de una sociedad indolente, ó vecinos tal vez de las risas é impudencia de una orgía: dramas que, á conocerlos profundamente, estremecerían y nos harían avergonzar de nosotros mismos ante el grito de nuestra conciencia, ó mas bien de nuestra indiferencia criminal.

¡Cuántas veces pasan junto á nosotros hombres y mujeres al parecer contentos con su suerte, y que sin embargo si fijáramos nuestra vista en las ligeras arrugas de su rostro, ó en su tez descolorida, y cuya palidez atribuímos á una noche pasada en los saraos y placeres, encontraríamos el hambre, la desnudez y la desgracia! ¡Y cuántas otras estrechan los poderosos y felices de la tierra, manos que se les tienden para implorar su caridad, y que no obstante se contraen sus nervios y balbucean sus lábios palabras diferentes de las que iban á pronunciar, dominadas por el rubor de la vergüenza!

¡Caridad! ¡no es mas meritoria tu virtud, cuando por hacer alarde de tí proporcionas algunos maravedises al menesteroso, que sin lazo alguno que le ligue con ese cadáver galvanizado que llaman gran mundo, tiende sin reparo alguno su mazo descarnada al ocioso transeunte, que cuando movida de un sentimiento secreto alivia misteriosamente grandes males, y mantiene el limpio barniz de una posicion antigua amenguada con los reveses de la suerte! ¡No está, no, la verdadera pobreza, ni mas espuesta la virtud á las puertas de los templos ni en las esquinas de las calles; ni es mas agradable al Eterno, juez supremo y justo de todas nuestras acciones, el alivio dado á los harapos del mendigo conocido, que el socorro ofrecido con delicadeza al pobre que oculta con faz tranquila, si esto puede hacerse alguna vez, su miseria y privaciones!

¡La sociedad, el mundo, el poderoso es egoísta! Tal vez esta acusacion sea dura en extremo y falta de exactitud. No: la sociedad, ni el mundo, ni los poderosos son egoístas, ni se halla enteramente cerrado su corazon á los quejidos lastimeros de la miseria: fáltales solo espontaneidad en sus acciones, deseo de buscar la necesidad para aliviarla, y abnegacion bastante para saber ocultar en el fondo de su corazon sus beneficios: no porque se niegue una buena parte á llevar el consuelo á la indigencia cuando ésta se decide, despues de grandes combates consigo misma, á reclamarla; no porque rehuyan, antes bien procuren adquirir á toda costa la fama de caritativos y limosneros, sino porque sus comodidades y sus gozes tienen tan bien acomodada su existencia, que el alma ni el sentimiento de hacer el bien tiene bastante vigor para arrancarles del método tranquilo de su vida y subirlas á sus mismas bohordillas, casi para presenciar espectáculos que hieran su sensibilidad nerviosa y turben el curso limpio de su pacífica existencia. Además, el orden de las sociedades no exige que el pobre sea siempre el que haya de ir á buscar al rico, como el esclavo en busca de su señor? Désele en buen hora el medio de ejercer la caridad; preséntensele desnudos que pueda abrigar con los despojos de su ropa, y hambrientos cuya necesidad apremiante pueda remediar por pocos dias: ¡enhorabuena! pero obligarle como mas meritorio y grande que suba por una empinada escalera, y llegar al cabo de mil vueltas á tropezar con una bohordilla tan distinta de sus vastos y entapizados salones, viendo en ella medio consumidas por la necesidad á gentes que en otro tiempo fueron para el mundo tanto como él y valieron mas; esto ¡pardiez! es mas que sobrehumana virtud, y este no es ciertamente tiempo de sublimes acciones ni de tanta abnegacion.

En verdad que ando prolijo ne demasia en mis reflexiones; y como

no es un curso de moral cristiana el que trato de escribir, paso, sin mas digresiones, á referir el hecho.

Corría el año de 1838. En una de las calles mas apartadas del centro de la heroica villa y corte vivía en el quinto piso de una casa de pobre apariencia una jóven tan modesta cuanto hermosa, y que por esta última cualidad, escelente en ciertas ocasiones, se habia atraído las miradas de cuantos la veían, junto con su madre, venerable matrona de distinguidos modales, y que, aparte las arrugas de su frente y algun hundimiento en sus mejillas, fácilmente se conocía habia sido en sus tiempos el vivo retrato de la cara ahora tan admirada en su hija: viuda de un antiguo magistrado de cierta audiencia, la noble matrona no tan solo habia gozado gran reputacion de belleza y de fidelidad conyugal á las venerables canas de su justificado esposo en la ciudad donde estaba situado el tribunal donde radicaba, sino tambien en Madrid, donde negocios de familia, pues de la corte procedía, la habian llamado en dos distintas veces, viniendo siempre acompañada de su esposo, únicas dos veces que en su larga carrera habia pedido con tan graves motivos real licencia.

En el año que hemos notado arriba, la virtuosa señora cuyo nombre de familia me reservo, hacia ya tres que se hallaba viuda: su esposo no habia podido sufrir con impasibilidad estoica el que se le separase sin justo motivo de un puesto que habia desempeñado con tanta honradez, y despues de una larga enfermedad en la que se agotaron los recursos con que contaban, sucumbió al fin, dejando entregadas á lo horfandad y á la miseria á su viuda é hija, desconsoladas, sin mas amparo, como suele decirse, que el de Dios. En otros tiempos, menos civilizados que el presente segun dicen, los magistrados y demas empleados públicos, si no bien retribuidos, exactamente pagados, no se cuidaban de hacer economías en sus sueldos propios, tanto por no encontrarse entonces las *adealas* que se han inventado despues, cuanto porque el que servia fiel y honradamente su destino estaba seguro que no seria despojado de él. Al presente es otra cosa.

Quedaron, pues, solas y desamparadas la madre y la hija, porque los pocos amigos que restaban al oidor despues de su destitucion, fueron unos en pos de otros abandonando el campo, temerosos de que con la apremiante necesidad que muy pronto iba á acosar á la viuda y huérfana del que en otro tiempo habian adulado y encarecido su mérito, fuesen ellos los que tuvieran que aliviar tanta amargura, sopeña de ser tachados de mal nacidos. Así va el mundo: mientras el sol de la fortuna calienta, todos acuden á disfrutar de sus rayos; empero llegue una nube que lo cubra, y pronto verá tornarse en contrarios sus mayores encomiadores. El Salvador del mundo tambien fué negado por el mayor de sus discípulos al tiempo de su desgracia.

Dueñas tan solo de un modesto ajuar, la madre y la hija, mas adestrinadas que lo estaban todavia por lo que vieran en otros, con su propio desengaño, se redujeron á la mayor estrechez, tanto por disminuir los alquileres de la habitacion, cuanto que podian en otra mas reducida deshacerse de algunos muebles innecesarios, y aun de los demas efectos que no les fueran absolutamente precisos.

A la sobrada libertad de los inquilinos habia sucedido por aquellos tiempos la ilimitada autoridad y derechos que se dieron á los propietarios de las casas; y como por otra parte la cruda guerra que se hacian, no tan solo en los campos, sino tambien en las ciudades, los diversos partidarios de órdenes de cosas é intereses diversos tambien, habian atraído á Madrid, como el centro de la peninsula, una considerable afluencia de forasteros que se consideraban mas seguros dentro de sus muros, aunque débiles, que en los pueblos y ciudades donde se desarrollaban con mas furor las enemistades, los odios y las venganzas particulares, obligó á doña Sinforosa (que tal era el nombre de la madre) á dejar su piso segundo, donde perdiera el amparo y arrimo de su esposo, para recogerse con su hija en una bohordilla de una de las calles lejos del centro y del bullicio que por aquella época y casi á todas horas tenia agitados los ánimos de los cuarteles mas populosos de la corte.

Instaladas allí, y sin mas recursos para mantenerse que el producido que pudieran darlas algunas alhajas que las quedaban, restos de su antiguo bienestar, fué preciso que para no verse apuradas por el hambre, que se acercaba á pasos agigantados, trataran de buscar algun auxilio con el trabajo de sus manos que pudiera alargar el plazo fatal que, sin la caridad cristiana, parase aquel peligro. Desgraciadamente, y como los males nunca llegan aislados como es tan cierto, y se halla consignado en un refrán vulgar, la viuda del oidor habia llorado tanto, y tanto apurado durante la enfermedad de su esposo, que apenas habia pasado el tiempo de poder sufrir con paciencia su desgracia y resignarse á los decretos inescrutables de la divina providencia, cuando al amanecer un día, habiéndose acostado la vispera con su vista clara y despejada despues de encomendarse á Dios y su santa Madre, como tenian de añeja costumbre, amaneció ciega, enteramente ciega. La pobre señora habia sido acometida de una fatal y horrible gota serena.

Querer pintar aquí cuál sería el dolor de aquella anciana madre que veía cerrados para siempre sus ojos á la luz, sin poder contemplar ya mas las facciones de su querida Lucía (que así se llamaba la hija), llena su mente de los presentimientos mas funestos acerca de su suerte; sola y abandonada por todos, y sin poder ayudarse en nada para prolongar en cuanto posible fuera su penible existencia, sería rebajar la espresion de este sentimiento cruel: las penas del corazón es preciso sentirlas por; conocerlas: los dolores de una madre no tienen semejanza. Lucía, al ver á su madre los ojos fijos, pero sin mirar, con esa serenidad aparente que imprime el desquiciamiento del corazón, lloraba y se abrazaba con su madre como si fuera á perderla; doña Sinfonora quería hablar para tranquilizar á su hija, pero se la anudaban en la garganta las palabras. Aquellos momentos eran terribles; y sin la religion que tan buen cimiento tenia en sus almas, fácil y aun muy natural era que hubieran acabado con su sufrir privándose de sus vidas. El dolor aislado es la mas terrible de las agonias humanas.

—Animo, querida Lucía mía, le decía la madre pasados los primeros terribles momentos; Dios no nos abandonará: si en adelante no puedo ayudarte en tus penas como teíamos proyectado, tú serás mi guía y me acompañarás en busca de tu trabajo; yo lo imploraré por tí, y cree que aun hay almas buenas que se apiadarán de nuestros sufrimientos. Sé ante todo virtuosa, y abraza conmigo esta nueva cruz que el cielo nos envía; Dios es el padre de las viudas y de las huérfanas, y no nos dejará perecer.

—Ay madre mía! contestaba la afligida doncella, que todos nos han vuelto la espalda y se burlarán de nuestra desnudez; y si alguno en el primer momento se apiada, pronto, muy pronto arrojará de sí esta carga que le parecerá pesada en demasía. La única gracia que pido a Dios es que no me deje sola en el mundo.

—Cúmplase siempre su santa voluntad, interrumpia la madre; él solo sabe lo que nos conviene.

Pero el cielo que nosotros vemos tan sensible á veces, parecia entonces insensible á tanto mal: juntas la madre y la hija, apoyada aquella en los brazos de esta, recorrieron los talleres y las casas de algunos poderosos en busca de obra; y como en los primeros tenian ya sus oficiales y aprendices de quienes, por una módica retribucion, sacaban un gran producto, y las segundas no conocian los primores que pudieran salir de aquella desconocida indigente, y la mayor parte de entre ellas hacian, y aun, por desgracia, hacen alarde de ostentar sobre sus pechos las labores extranjeras, únicas que, segun ellas, reunen el mérito y la elegancia, es lo cierto que encontraron apenas nuestras dos victimas un pequeño auxilio en los primeros tiempos, auxilio que fué disminuyéndose poco á poco por cuanto eran muchas, *muy relacionadas y protegidas* las que se dedicaban á la misma clase de trabajo que Lucia, y á esta y á su madre les faltaban enteramente relaciones y proteccion. Asi es que muy pronto se vieron precisadas á implorar la pública caridad.

Para las gentes que nacidas en las privaciones y la necesidad, lo apremiante de esta las hace tender una mano temblorosa para pedir al que pasa un socorro, no es tan sensible este acto, aunque siempre humillante y duro, como á los que, nacidos y criados con todas las comodidades que el mundo y la sociedad ofrece, los vaivenes de los estados y revoluciones les arrojan á la arena de un mundo desconocido para ellos; para tales seres el acto de colocarse en las esquinas y soportales, cubierto el rostro, surcando sus mejillas descoloridas dos arroyos de lágrimas abrasadoras y con voz medio apagada exclamar, *«una limosna por Dios,»* se halla precedido de tanta irresolución, de tanto sufrimiento y penalidades, y de tanto dolor, que es menester que el hambre sea mucha y los recursos para acallarla ninguno, absolutamente ninguno, para decidirse á arrostrar esa vergüenza pública y esas miradas impertinentes que suelen añadir el insulto á la grosería. Tan solo un principio religioso de gran mérito ante el trono del Altísimo puede hacer acallar la voz del orgullo y de la vanidad, y preservar á las mujeres del vicio y á los hombres del crimen: principio y creencia en otra vida mejor y sobre todo de mas equidad y justicia que nunca estará bastante cimentado en nuestros corazones, y que hoy desgraciadamente se halla sobrado olvidado y aun escarnecido. ¿Sin esa creencia íntima, sin esa persuasión del alma, ¿qué sería ni podría ser de los que sufren! ¿No es la desesperación y tras la desesperación el crimen su inmediato resultado?

Doña Sinfrosina y su hija, después de grandes combates é irresoluciones, viendo que ningún recurso les quedaba para sostener hasta el último momento su trabajada existencia, se resolvieron al fin á acogerse á la pública caridad.—Hija mía, decía la ciega anciana, al notar la casi desesperación que se apoderaba de su hija; conformémonos con esta nueva prueba de nuestra fé: nos hemos visto acomodadas y festejadas, y ahora nos encontramos pobres y abandonadas: cúmplase siempre la voluntad del Señor. Tu pobre padre murió resignado al ver la triste suerte que nos esperaba; ¿por qué no hemos nosotros de resignarnos á lo que el cielo dispone?

Pero la jóven doncella en quien los tres lustró de existencia hacian mas fuerte la lucha de sus pasiones, y en los que precisamente porque nunca se habia visto en aquel estado habia de ser mas indomable el poder de su orgullo y amor propio, resistia cuanto podia con mil dilaciones el emprender la carrera de la mendicidad vergonzante; mas por obedecer á su buena madre que tanto la amaba y acosada del hambre por fin, salieron ambas una noche, cubiertas con su tupido velo, á situarse junto á los portales de la plaza Mayor, á fin de que medio protegidas por la sombra de las columnas, pudiesen ocultar mas cumplidamente sus facciones. ¡Oh! y cuán agudos dardos, cuán punzantes memorias, cuántos recuerdos dolorosos agitaron á la pobre anciana cuando su hija le decia el sitio en que se encontraban, y muchas veces las personas que pasaban junto á ellas y á quienes alargaban una mano tímida, pidiendo con voz entrecortada «una limosna á esta pobre ciega, que Dios se lo pagará...» recibiendo muchas veces, si no una mirada de desprecio de algunos que antes se mostraran sumisos y solícitos, un seco. «Dios ampare á V.» Eran las heces de amargo acibar del caliz de su pasion, y la madre y la hija lo apuraban entonces hasta su última gota.

Pero no: las luitaba todavia apurarlos mas: el martirio del corazon es mas grande y mas doloroso que el martirio del cuerpo: este puede cortar la vida en un momento cesando de sufrir; aquel se despedaza por grados, y se debilita pausadamente, y antes de sucumbir enteramente, lucha y pelea con las mil pasiones de nuestra débil humanidad que secudadas por la cabeza, torturan hasta lo infinito cuanto puede ser torturado en nuestra alma. Llegase tal vez despues de mil golpes repetidos, de desengños crueles á la postracion, á la indiferencia; pero antes de llegar á estas hermanas del idiotismo, ¡cuánta sangre no ha derramado gota á gota el corazon!

Las noches primero, los días después, vieron á las dos infelices víctimas ir de puerta en puerta y con voz apagada y esquivando la luz pedir el sustento de aquel día; pero las fuerzas se agotaban, y algunos impertinentes, oprobio de sí mismos, habían lanzado ya alguna frase poco decorosa al pasar si descubrían por rara casualidad el angelical rostro de Lucia: la madre se estremeció al escuchar tanta audacia, y entonces mas que nunca sintió la pérdida de su vista. ¡Oh! ciertamente: los ojos perspicaces de una madre detienen el aliento ponzoñoso que la infamia y la maldad quieren arrojar sobre la faz de las hijas! ¡Pobres jóvenes cuando las falta la protección inerte, pero eficazmente poderosa de una madre!

(Se concluirá.)

Luis MIQUEL y ROCA.

Platon, cuando forma una república, dice también: que las primeras leyes que debían establecerse para conservarla eterna, eran aquellas que pertenecían al culto divino, porque no hay fuerzas, gobierno ni humana prudencia que mas aumente los reinos y monarquías, como el cuidado de las cosas pertenecientes al servicio de Dios.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo. 26.